

CURIOSIDADES ARQUEOLÓGICAS.

Cocina y utensilios hallados en las ruinas de Herculano.

¡Qué hallazgos para la curiosidad del hombre son estas cosas, al parecer de escasa importancia; pero cuya existencia nos admira después de tantos siglos! Su vista nos traslada, por decirlo así, á los tiempos en que se hicieron y excita nuestro asombro. Tales son, entre otras muchas, las que se encontraron en las ruinas de Herculano, y señaladamente la cocina de una casa, en que se hallaban intactos muchos utensilios.

Los hornillos y algunos forneltos eran casi semejantes á los nuestros, indicando por su construcción que los romanos no hacían tanto uso del carbón como de la leña. La menuda descripción de esta cocina puede verse en la obra de Mr. de Fougereux sobre las ruinas de Herculano. Y aunque casi todos los utensilios eran en su forma semejantes á los nuestros, en vez de ser de hierro ó de cobre, eran de bronce; y las cazuelas en vez de ser estañadas con estaño, lo estaban con plata.

Se hallaron también cucharas de bronce, plata y marfil. Las marmitas unas tenían pies y otras carecían de ellos; y bajo de otras había unos cilindros cóncavos que entraban en el vaso para que más pronto pudieran recibir el fuego. Se halló también un pastel entero dentro de un horno; y otras varias cosas indican que muchos usos tenidos hoy por nuevos, eran conocidos de los antiguos y los hemos recibido de ellos.

Nos parece también que los aventajamos en la elegancia de las mesas y en el arte de los cocineros; pero basta tener una leve idea de los gastos y magnificencia de los ricos señores antiguos para persuadirnos de que no llegamos á superarlos. Famoso fué entre ellos el cocinero Trimalción, de quien se cuenta que con la carne de pescado formaba

cuantas aves y animales se le antojaba, que puestos sobre la mesa para trinchar engañaban la vista.

Ateneo hace mención de otro cocinero, que en una gran mesa de muchos convidados presentó un jabalí asado, que vació, y llenó de exquisito relleno, sin abrirlo. Otros con la carne de puerco formaban aves extranjeras que sus amos apetecían, dándoles el mismo sabor que tenían las verdaderas.

En tiempo de Augusto los sicilianos eran reputados por los mejores cocineros, y no había entonces rico señor que no tuviese cocinero siciliano, como ahora se acostumbra con los cocineros franceses: el aprecio que hacían de ellos acrecentaba sus salarios, que los tenían exorbitantes, llegando algunos á cuatro mil pesos anuales.

Este aprecio, fomentado por el lujo y la gula, llegó á tal exceso, que Marco Antonio, satisfecho del desempeño de uno de sus cocineros en un suntuoso convite que dió á la reina Cleopatra, le regaló el señorío de una ciudad del Asia.

Séneca toca en general el exceso del lujo y de la ostentación, no menos que las delicias de los romanos en sus banquetes, diciendo que superaban á los sarritas, contemplando desde sus lechos la magnífica diversidad y elegancia de sus mesas, mientras entretenía sus oídos la armonía de los conciertos musicales, su olfato los más costosos perfumes del Oriente y su paladar los guisados y carnes más delicadas.

Todo esto prueba que mientras los hombres tuvieron riquezas que gastar, tendrán buenos cocineros y mesas suntuosas. La parsimonia y la frugalidad son compañeras de la pobreza. Así sucedió con todos los pueblos: fueron frugales, mientras fueron pobres: fueron vanos y delicados, cuando llegaron á ser ricos.

Sobre si los antiguos se sirvieron de postas. Carácter de los manuscritos encontrados en Herculano.

Una conversación, en que un sujeto negaba haberse servido los antiguos de postas, y que esta fué solo costumbre de los godos, me dió motivo para no reputar trabajo inútil indagar algunas noticias para desengaño de esta vulgar opinión.

Los griegos tenían una especie de postas, ó de correos á pié, que llamaban *Hermierodromi*, que quiere decir *correo de un día*, porque corrían todo el día á fin de llevar cartas, ú otros avisos adonde se quería los llevasen. Plinio, Cornelio Nepote y el César hacen mención de correos que caminaban al día veinte, treinta y más leguas: y de correos á caballo que á ciertas distancias se cambiaban, como ahora se acostumbra.

Jenofonte dice que Ciro fué el primero que estableció en su reino estos correos: y Herodoto añade que los persas se servían de ellos, y que no había en la tierra quien les aventajase en velocidad. Escribe á más de esto Jenofonte, que quiso hacer Ciro la experiencia de cuánto camino podía hacer en un día uno de aquellos caballos trotando velozmente; y hecha ya la experiencia, en el término del espacio ya corrido hizo fabricar caballerizas y poner en ellas caballos y gente que cuidase de ellos y que sirviese á los que corrían por aquellos caminos, dándose unos á otros la muda en los términos establecidos para ello.

No se sabe que los romanos tuviesen postas semejantes á las de Persia hasta el tiempo de Augusto: este fué el primero que las estableció en Italia y continuaron en servirse de ellas los romanos por mucho tiempo, como se infiere de las historias: á lo menos permanecía este cómodo establecimiento en tiempo de Diocleciano y de Constantino; pues se dice de este, que luego que supo la muerte de su padre Constancio, que gobernaba entonces las Galias, tomó la posta en la oscuridad de la noche, para ir á sucederle en el imperio, añadiéndose que llegando á cada término de ellas, hacía desjarretar los caballos, á fin de que ninguno pudiera seguirle ni precederle en su camino.

Ni solo eran los correos públicos los que corrían estas postas; servíanse también de ellos los particulares, bien que, cuando los correos llevaban despachos públicos, usaban por distintivo un plumage, que á más de servirles de adorno y condecoración, era símbolo de la velocidad, como lo insinúa un antiguo glosario, citado por Geofroi.

Los que hayan visto el famoso manuscrito antiguo de los Setenta en la biblioteca Vaticana, pueden concebir mejor la forma y grandeza de los caracteres hallados en Herculano; pero es preciso advertir que cuando florecía la ciudad de Herculano se usaban en ella los caracteres itálicos, según lo manifiestan las letras con que se grabó un verso de Eurípides en una pared.

La forma de las letras de estos manuscritos suscita una idea diferente de aquella que se tiene comunmente de la escritura de aquellos antiguos tiempos; porque las piernas, por decirlo así, de las letras que se extienden hácia delante, indican ser de mano posterior á la de los antiguos tiempos de la Grecia, como lo observan los prácticos en la antigua escritura de los griegos. A lo menos, este es el parecer de Baudet, quien atribuye la forma de letra de estos manuscritos á los últimos tiempos de los emperadores romanos. Prueba de ello es que en casi todas las tablas en que se ven grabadas las antiguas letras griegas y que se han publicado hasta nuestros días son falaces, como lo manifiestan claramente las medallas.

Por ejemplo, el ómicron puesto debajo de letras unciales lo atribuye Montafion al tiempo de Domiciano; hallándose ya usado dos siglos antes, como se vé en las medallas siríacas. También lo manifiesta la inscripción puesta en el gran vaso de bronce que se conserva en el Capitolio, y que fué un donativo que hizo Mitridates Eupator, último príncipe de su línea entre los reyes del Ponto á un gimnasio que estableció.

Pero esta especie de cronología es muy falaz y nos puede hacer concebir juicios erróneos sobre la tal materia, como se debe inferir de la estatua de Hércules de Belvedere, que hizo Miguel Angel Buonarroti. Porque si alguno, por ejemplo, quisiera determinar la época en que se hizo aquella obra insigne y para ello recurriese á la inscripción que le puso su autor, se engañaría por la forma de la letra omega, puesta allí por el autor; pues por ella sola atribuiría una obra excelente á unos tiempos en que no había escultor alguno capaz de hacerla.

Todas las palabras de aquellos manuscritos de Herculano están escritas con letras unciales, sin que ni una coma, ni un punto denoten los períodos y las cláusulas. Tampoco se vé signo alguno interrogativo, ni admirativo. La forma y tamaño de las letras se pueden comparar á las que se ven en

las ediciones raras de algunos autores griegos del Lascari, y á las del Píndaro de Oxford.

Del Amianto.

Es el amianto una piedra argilosa que se deshace en largas hebras blandas y suaves como la seda, de colores diversos, pero regularmente blancas. Estas hebras resisten al fuego, y por esto las hacian servir en algunos templos antiguos por pábilos de las lámparas de los dioses, cuya llama se creia inextinguible.

Dió algun fundamento á esta creencia la opinion de Aldobrando, que afirmó poderse formar un aceite de amianto, que durase perpétuamente ardiendo, sin apagarse ni consumirse. Mas cómo se puede creer en sano juicio que una tal materia se prestase al fuego, sin llegar á perder con el tiempo alguna parte de sustancia?

Plinio dice que el amianto era un vegetal traído de la India, y le dá el nombre de lino incombustible. Hízole caer en este error el uso que se hacia entonces de los tejidos de amianto, lana y lino, los cuales, arrojados al fuego, no perdian sino la lana y el lino, quedando intacto el amianto. Hace mención el mismo autor de los manteles y servilletas formados con dicha tela, que para limpiarlos era preciso echarlos al fuego, en que quedaba intacto y puro el amianto, quemándose las otras materias adjuntas. Este fenómeno solo se veia en las córtes de los reyes ó en casas de señores muy poderosos, por costar dicha tela sumo precio.

Comunmente servia para amortajar los cadáveres, con el fin de que sus cenizas no se mezclasen ni confundiesen con las otras cenizas de la pira donde los quemaban. Tal vez Plinio oyó contar que solian tomar esta precaucion en algunas partes de Oriente; pero ningun otro escritor menciona esta particularidad, aunque se alargan en otras minuciosas descripciones de las ceremonias y usos acostumbrados en la quema de cadáveres.

Cuéntase tambien haberse encontrado algunas urnas de emperadores, en que se veian las cenizas mezcladas con carbones, sin la mortaja de amianto. Sin embargo, el testimonio de Plinio es de tal naturaleza, que se hace acreedor á que le demos crédito sobre su palabra, interpretando su testimonio y aplicándole á algun caso particular, que pudo muy bien acontecer.

De hecho, á principio del siglo XVII se halló un antiguo monumento junto á una de las puertas de Roma, cuya urna tenia elegantes bajos relieves, y abierta se encontró

un cráneo envuelto entre cenizas, dentro de una mortaja de amianto, que tenia nueve palmas romanos de largo y siete de ancho. Clemente XI hizo colocar este precioso monumento en una de las salas de la *Biblioteca Vaticana*.

La Bota de Diógenes.

Hace años que se suscitó una larga disputa entre dos eruditos alemanes, llamado el uno Augusto Heumam y el otro Jaime Harveo, sobre la bota en que regularmente suele pintarse á Diógenes. Heumam pretendia que Diógenes habitaba en una choza, y que la bota era una fábula inventada por escritores muy posteriores á aquel filósofo.

Harveo, llevando á mal esta opinion, la refutó en una obra que dió á luz con el título *De Doliari Habitatione Diogenis cynici*, en la cual pretende probar que la opinion de Heumam contrariaba la general opinion de los autores antiguos, que muestran con evidencia su engaño, sin hacer ningun caso de la tradicion de la antigüedad.

Parece que bastaba esta disputa para honrar la bota de aquel filósofo; sin embargo, se dejó tentar el Pachaudi de este importante punto de erudicion y quiso publicar un examen erudito sobre la materia de que era compuesta la portátil habitacion de aquel cínico. Para esto dá por supuesto que todos los monumentos antiguos, como bajos relieves, medallas y piedras esculpidas, representan á Diógenes en una bota, ó como bota; porque queriendo afinar su punto el Pachaudi, reparó que algunas de las botas esculpidas eran lisas, sin señal alguna de los aros que suelen tener las botas; de donde le nació la sospecha que aquella que parecia bota, pudiese ser una tinaja.

De hecho, el de Boze cita una medalla acuñada en Corinto, en la cual se vé por una parte á Lucio Vero, en cuyo honor se acuñó, y en la otra á Diógenes sentado sobre una bota, sin que se vean en ella señales de aros, de donde inferen algunos, como el Pachaudi, que muy bien pudiera haber sido una tinaja la bota de Diógenes.

Pero como se cuenta por otra parte, que aquel filósofo solia llevar tras sí su casa, como los caracoles, para ir con ella á mendigar al templo, nace la dificultad que siendo la tinaja de tierra y muy pesada, no podria llevarla consigo tan fácilmente como la bota; pero perdonenme esos señores escrupulosos, pues no era necesario que Diógenes llevase áuestas la tinaja, sino que la podia muy bien hacer rodar, como suelen ser llevadas las botas vacías.

Mayor dificultad es la que pone Luciano con lo que refiere en su discurso sobre el modo de escribir la historia, diciendo de aquel cínico, que para burlarse de los grandes preparativos que se hacian en Atenas contra Filipo, llevó rodando la bota hasta la cima de un collado, y desde allí la dejó rodar abajo; pues si hubiera sido tinaja, no la hubiera podido llevar solo hasta la cima del collado. A esto añadan otros versos de Juvenal:

Dolia nudi

*Non ardent civici. Si fregeris, altera fiet
Cras domus, aut eadem plumbo, commissa manes-
Sensit Alexander, testa cum vidit in illa, (bit.
Magnum habitarem.*

Cuenta Diógenes Laercio en la vida de aquel cínico, que habiendo un jóven petulante roto su bota de una pedrada, los atenienses, compadecidos de aquella desgracia, quisieron remediarla, haciendo soldar la bota de tierra, pues no se suelda la madera; arte en que se dice eran muy diestros los griegos, sin que se conociesen apenas los tientos desunidos.

Confirma esta conjetura el bajo relieve que poseia la granja de Albania, explicado por Winkelmann, en que se vé á Diógenes metido dentro de una gran tinaja, y sobre ella un perro que ladra á Alejandro. La tinaja está rota, y la hendedura que indica la rotura, se vé soldada con plomo cortado á manera de cola de golondrina.

Uso de las espadas entre los antiguos.

Parecerá cosa extraña y tal vez ridícula á algunos indagar á qué lado solian llevar las espadas los romanos; sin embargo, esta fué una cuestion que ocupó á muchos eruditos en los dos últimos siglos. Polibio, que vivia en tiempo de Escipion y de Lelio, dice que los romanos llevaban la espada al lado derecho. Josefo dice que los soldados de Tito la llevaban á la izquierda. Uno y otro pueden tener razon, habiendo variado la moda con el tiempo.

Los griegos acostumbran llevarla bajo el sobaco del brazo izquierdo, de modo que la empuñadura caia sobre el pecho: el balteo, que era de cuero, á que llevaban afianzada la espada, cruzándose el pecho, iba por la espalda izquierda y por los riñones á rematar en punta: á lo menos así se vé en la bella estatua á lo heroico de la granja Albani. La vaina solia estar tachonada de clavitos de plata, y habia empuñaduras de mucho precio y de primorosa labor.

En la espada de Pausanias se veia un car-

ro tirado por cuatro caballos, que formaba la empuñadura, trabajado con sumo primor é ingenio. Los héroes del sitio de Troya se representan con un puñal unido á la espada: y como las cosas más menudas de la antigüedad son objetos admirables para los anticuarios y eruditos, nació tambien entre ellos la cuestion de si las hojas de las espadas eran de cobre ó de acero.

Los lacedemonios usaban de espadas tan cortas, que dijo de ellas un chistoso, poder tragarlas un charlatan. Plutarco nos dice que eran corvas como una hoz y parecidas á sables. Así solian llevarlas muchos pueblos orientales, aunque más largas que los lacedemonios. Las espadas de los etruscos eran semejantes á las de los griegos. Los romanos usaban de toda especie de espadas, sin tener forma particular. Pero viendo las excelentes espadas que llevaban los españoles que seguian á Annibal, las adoptaron para su milicia.

No solian los romanos llevar espada por la ciudad, fuera del servicio militar. Los lictores estaban encargados de tomar la espada á los nobles prisioneros antes de presentarlos al Cónsul. Bajo los emperadores era delito capital presentarse en la corte con la espada desenvainada. Juan de Antioquia dice que los soldados pretorianos llevaban la espada allado derecho, y esto los distinguia de los otros.

En la columna Trajana los pretorianos, los alféreces y los soldados llevan la espada al lado derecho. El Emperador, los oficiales del pretorio, los tribunos y los lictores la llevan al izquierdo. Todas las espadas rematan en punta ancha: sus empuñaduras son gruesas y grandes.

Los españoles, segun Tito Livio, llevaban espadas cortas y se servian tambien de un puñal largo. La medalla de Augusto con esta inscripcion, *Hispania Recepta*, publicada por Goltz, nos muestra una pica, cuyo hierro es muy largo. Suidas trae el paso siguiente, que Casaubon y Justo Lipsio atribuyen á Polibio: "los cántabros celtíberos son excelentes fabricantes de espadas, las que salen de sus fraguas son á toda prueba, así de punta como de tajo. Por esto, en tiempo de las guerras con Annibal los romanos dejaron sus antiguas espadas y adoptaron las de los españoles, imitando su forma y solidez; pero jamás pudieron reducir el hierro, fuera de España, al mismo grado de pureza y de temple."

Uso de los anillos.

El uso de los anillos es inmemorial entre

las naciones: las más antiguas fábulas nos hablan del anillo de hierro que llevaba Prometeo, engastado con un pedazo de la peña á que estuvo atado para ser devorado por el águila; y lo llevaba en memoria de su libertad por el esfuerzo y favor de Hércules. En la sagrada Escritura nos queda tambien mencion del anillo que entregó Júdas á Tamar, y la del que dió Faraon á José para que le sirviese de sello, como lo acostumbran los griegos y romanos; pues sabemos que Alejandro sellaba sus cartas con el anillo; y despues que venció á Darío, se sirvió del anillo de este mismo Rey para sellar las cartas que escribia á la Persia.

Filostrato habla tambien de los anillos que solian llevar los antiguos bracmanes. Las estatuas de los primeros reyes de Roma, que se conservan en el Capitolio, como la de Numa Pompilio y la de Servio Tulio, tienen anillo en el dedo. Es de creer que los primeros anillos fuesen de metales inferiores, luego de plata y oro, y despues engarzados de piedras preciosas, ó bien con piedras cinceladas, que los romanos llamaban *ectipas*.

Todo anillo se componia de tres partes; del aro, que los latinos llamaban *orbiculus*, de la concavidad en que estaba engastada la piedra, que llamaban *pala*, y el diamante ó camafeo, que llamaban *gemma*.

En los principios de la república llevaban anillos los magistrados, senadores y generales, y eran de hierro ó de cobre. Luego los senadores lo llevaron de oro; pero solo aquellos que habian cumplido con alguna embajada, y aun solamente en los dias de ceremonia, ó de junta. Despues se concedió este honor á todos los senadores y caballeros romanos; de modo que cuando Annibal, despues de la batalla de Cannas, envió á Magon para que diese en Cartago la noticia de la victoria obtenida, se cuenta que presentó al Senado tres celemines llenos de anillos de oro, que los soldados vencedores quitaron de los dedos de los caballeros romanos muertos en el campo.

El abuso despues llegó á tal exceso, que hasta los soldados y libertos llevaban anillos de oro, por lo que Tiberio publicó una ley prohibiéndolos al pueblo; más esta ley no duró mucho tiempo, antes bien los mismos emperadores, sucesores de Tiberio, daban anillos á sus esclavos y libertos en prenda de la libertad que les daban, ó del afecto que les profesaban.

Lo que parece algo extraño, es que hubiese llegado la costumbre de llevar unos anillos en una estacion, y otros en otra; á tales anillos los llamaban *semestri*. Acostumbraban

á llevar grabadas ó cinceladas las imágenes de sus mayores, de sus parientes, mugeres ó príncipes, y á veces un triunfo ó victoria.

El exceso de los romanos en el gusto de llevar anillos llegó á tal punto, que los llevaban en todos los dedos, y no contentos con esto, añadían otros: Luciano dice que llegó á contar diez y seis en una mano. Antes de esta profusion solian llevar el anillo en el dedo segundo empezando por el meñique, como se vé en las estatuas de Pompeyo y de Tulio; y por eso le llamaban *dedo anular*. Despues lo llevaron en el dedo índice, luego en el meñique y finalmente en todos.

Se ignora por qué motivo se daba á la novia anillo de hierro el día de la boda, y por qué se lo ponía en el cuarto dedo, llamado por esto en las mugeres *digitus sponsalitiuus, genialis, nuptialis*. Pasó despues el anillo á ser señal de institucion de herencia; costumbre griega, como se vé por la entrega que hizo Alejandro de su anillo á su amigo Pérdicas.

Sin embargo, la sola entrega no bastaba, si no declaraba su voluntad el dador en el testamento. Habia en Roma un gremio de fabricantes de anillos; lo que se ignoraba hasta que Muratori descubrió la lápida siguiente:

..... *Annus Ad*.....
 *Duumvir*.....
Conlegii Anulari
Locum Sepulor M.....
In Fronte Pedes. XXV.
In Agro Pedes. XXV.
De Sua Pecunia
Conlegio Anulario
Dedit.

De los Anteojos.

No hay duda de que los antiguos conocieron y usaron el vidrio y cristal y lo trabajaban de diversas maneras, como puede verse en Plinio y Séneca. Tenian espejos que engrandecian los objetos y esferas de vidrio llenas de agua, que hacían mayores las más menudas le-

Biblioteca Vaticana.

Entre las más celebradas bibliotecas de Europa debe ser contada sin contradiccion la Vaticana, que debe su origen al celo del papa Sixto IV, quien comenzó á enriquecerla con una infinidad de raros y preciosos manuscritos; los que no cabiendo en el lugar que les era destinado, reedificó y ensanchó el edificio que ahora los contiene.

El ejemplo de Sixto IV sirvió de estímulo á otros pontífices que, procurando enriquecerla, mandaron recoger por todas partes nuevos manuscritos: el que más se distinguió entre ellos fué Leon X, sucesor de Julio II, especialmente con el encargo que dió al erudito Fáusto Sabeo, á quien nombró bibliotecario de la misma Vaticana, para que por todas partes recogiese nuevos manuscritos; y dice el mismo Sabeo haber recorrido varias naciones bárbaras de Asia para conseguirlos.

Luego Paulo III acrecentó su lustre, poniendo en aquella biblioteca dos escritores, uno griego y otro latino, para que cuidasen de aquellos manuscritos y copiasen los que se hallaban deteriorados con el tiempo. Mayor lustre hubiera conseguido de la aficion y cuidados de Marcelo II, si este no hubiese fallecido tan presto; pues á más de aquellos dos escritores arriba dichos, quiso poner una imprenta para imprimir las obras inéditas.

Lo que no pudo alcanzar el celo de dicho pontífice, lo consiguió Pio IV, que quiso á más de esto, enviar á Onofrio Pambino y Francisco Sfrondato á las tierras de Oriente para que buscasen y recogiesen á cualquier precio cuantos manuscritos encontráran, como lo ejecutaron, acrecentando la preciosa riqueza de este género que ya poseía aquella biblioteca.

No anduvieron menos solícitos en aumentar su esplendor Pio V y Gregorio XIII; el primero haciendo trasportar de Aviñon á Roma ciento treinta y ocho volúmenes de cartas y bulas pontificias, que habian quedado en aquella ciudad desde el tiempo que estuvo en ella la Silla Apostólica; y el segundo haciéndola donacion de todos los libros y manuscritos que poseía.

Todo esto pareció poco al celo de Sixto V; quien entre las muchas y magníficas obras que emprendió y concluyó durante su pontificado, se cuenta la nueva fábrica de aquella biblioteca, mucho más grandiosa y magnífica que la que ensanchó Sixto IV, dando el encargo de la obra al caballero Fontana, que la acabó en el término de un año.

La descripcion de este soberbio edificio y de los preciosos adornos que despues se le

tras. Sin embargo, no nos dan indicio alguno de haber conocido los anteojos, telescopios y otros instrumentos para acercar los objetos á la vista.

Algunos pretendieron que Pláuto aludiese á los anteojos en un paso de sus comedias; pero no veo paso alguno en Pláuto que pueda aludir á esta invencion; ó si se halla en algun antiguo códice, no nos dicen cuál sea, ni en qué lugar se halle. Ni se vé hecha mencion alguna de esto hasta el siglo XIII. Algunos atribuyen la invencion de los anteojos á Rogerio Bacon, inglés de agudo ingenio; pero otro inglés se la niega.

En una crónica del convento de Santa Catalina de Pisa, escrita por varios autores contemporáneos, el Redi leyó el elogio de San Alejandro Espina, que murió el año 313, en el cuál, el escritor, celebrando su ingenio, dice que un tal habia inventado los anteojos, y no pudiendo conseguir del mismo que le revelase el secreto, se empeñó en descubrirlo por sí, como al fin lo consiguió.

El mismo Redi cita otro lugar del tratado de gobierno que escribió Sandro de Pippo, que dice así: *Me hallo tan cargado de años, que ya no puedo leer ni escribir sin anteojos, invencion nueva y cómoda para los viejos, cuando comienzan á perder la vista*. Esto manifiesta que antes del siglo XIII se habian inventado los anteojos.

Otra prueba de esto es el paso de Jordan de Rivalta, que así se explica: *No hay todavía veinte años que se inventó el modo de hacer los anteojos, que es una de las mejores artes y más necesarias que se han conocido en el mundo*. Y un sugeto que se hallaba presente á esta lectura, dijo: *No hay duda en ello; yo vi y traté al que los inventó*. Con esto no se puede dudar que el tiempo de esta invencion fué quince años más ó menos antes del siglo XIII, pues Rivalta publicó aquel escrito en 1305.

Pero estas citas, aunque suponen autor, no nos dicen quien fué. No obstante, no há quedado en olvido su nombre; se debe este conocimiento á la curiosidad de un florentino, llamado Leopoldo Migliori, que atestigua que habiéndole nacido la curiosidad de ir leyendo todas las lápidas que habia en Santa María la Mayor de Florencia, vió una que tenia esta inscripcion: *Aquí yace Salvino de Armati Florent, inventor de los anteojos. Dios le perdone los pecados. An. 1317*. No se puede alegar ningun otro testimonio mejor, ni más claro de haber sido este Salvino inventor de los anteojos.

añadieron, del orden de los estantes y de los libros que contienen, se puede ver en los discursos sobre la dicha biblioteca que hizo y publicó Mucio Pansa, y en el catálogo de los códices orientales de la misma, publicados por Asemani. Estos escritores traen la série de los bibliotecarios que há tenido. Entre los primeros se cuentan Julio Volterra, Pedro Inghirami, Felipe Beroaldo, Felipe Aciajoli, Dominicano, Gerónimo Alejandro, y Agustín Stenco; este sucedió al dicho Alejandro en el empleo de bibliotecario, por haber sido nombrado cardenal; lo que dió motivo despues á Paulo III para establecer que el cargo de bibliotecario fuese propio de un cardenal de la Iglesia Romana.

De las Gacetas.

La curiosidad, tan natural al hombre, entra en el número de sus pasiones; y aunque no sea la más ardiente de ellas, no es la menos viva y que menos desée quedar satisfecha: y como su pábulo es la novedad, la apetece por lo mismo con ánsia para poder alimentar con ella los deseos de su comprension y entendimiento. Por esto dudo que haya habido nacion que llegando á cierto término de cultura, de comercio y de política instruccion, no haya tenido una recopilacion de noticias, así públicas como particulares, que pudieran satisfacer la general curiosidad.

Sin embargo, no nos há quedado noticia ni monumento alguno de que los griegos tuviesen tales recopilaciones de noticias públicas, aunque formasen una nacion que se puede llamar sin reparo una de las que llegaron al mayor grado de instruccion y cultura, tanto en las artes como en las ciencias, y que por consiguiente las debian tener, como parece las tuvieron los romanos; á lo menos creo que se deben tener por tales las tablillas en que ciertos escritores, empleados acaso por el gobierno en esto, conservaban sobre la cera todos los sucesos públicos, llevando á su frente los nombres de los cónsules que gobernaban en el año en que acontecian.

Estas tablillas se publicaban como cualquiera otra obra de autor, y despues sirvieron á los historiadores como materiales dignos de fé para componer sus historias; así nos lo indica Tácito en varios lugares de sus anales, en que las llama *acta pública*, como si dijésemos en castellano, públicos acontecimientos.

Pero la nacion que desde tiempo inmemorial conserva este fomento de la pública curiosidad, es la China. Así sus fóllos públicos

son sin contradiccion los más antiguos de la tierra. Estos se imprimen y se publican primero en Pekin, y luego se divulgan por las demás ciudades del imperio. Los que introdujeron el uso de estos fóllos públicos en Europa, fueron los venecianos; yá sea porque su comercio y contratacion con los pueblos orientales recibieran esta especie de los chinos, yá porque su comercio, industria y cultura la inventaron para satisfacer la curiosidad del pueblo, escribiendo en papeles las noticias que les traian los buques empleados en el comercio.

Estos papeles se distribuian en el patio del palacio llamado de San Márcos, en donde se juntaban los magistrados, y los compraban los curiosos por el precio de una *gazeta*, que daban por cada una de aquellas copias, que correspondia á dos sueldos de aquella moneda, pasando insensiblemente el nombre de dicha moneda con la frecuencia de repetirla, al fóllo que por ella se vendia, llamándole *gazeta*, nombre con que se esparcieron luego por Italia y que adoptó despues toda Europa.

El primero que publicó tales papeles en Francia, dándoles el mismo nombre de *gazeta*, fué un médico llamado Teofrasto Renaudot, y obtenida para ello la licencia del gobierno, dedicó sus gazetas al rey Luis XIII.

En Alemania se hallan gazetas impresas desde el año 1515 y eran recibidas con tal entusiasmo por el pueblo, que á un teólogo le ocurrió publicar un libro en 1679 con este título, digno de tal ocurrencia: *Reflexiones saludables para curar la nueva enfermedad cundida por las gazetas*. Pero la tal medicina no pudo impedir que se propagase *aquel mal* por Alemania, como por todos los demás reinos de Europa, transformado yá en un ramo de comercio, instruccion y política.

Antigüedad de las campanas.

Es comun opinion que el uso de las campanas es reciente y que se inventaron en la Campania, territorio del reino de Nápoles, y aun señalan á Nola por la primera ciudad que se complació con el ruido de tales instrumentos de tan sonora música metálica. Pero esta vulgar opinion es igualmente errónea, como otras muchas que fomentan los pueblos, sin que se les saque del error.

Por un antiguo Escoliaste sabemos que muchos pueblos acostumbraban tañer las campanas en los sacrificios de expiacion, en los misterios de Cabiris y de Baco; pero que las tañian, no para llamar al pueblo con el fin de que asistiese á los misterios, pues le

estaban prohibidos; sino porque se persuadian, como observa Clemente Alejandrino, que el sonido del metal tenia virtud para purificar el aire.

En un bajo-relieve del capitolio se vé representado un triunfo del dios Baco, y en él una bacante que lleva orlada su túnica de muchas campanillas; y leemos que Eurípides adornó con otras campanillas semejantes el escudo del rey de Tracia y los pechos de sus caballos. Esquilo dice de Tideo, que llevaba tambien muchas campanillas en su escudo.

En un sepulcro que sirve de adorno á la granja de la casa Albani, se vé un sileno montado en su orejada cabalgadura, que lleva al cuello una campanilla, y Fedro hace la descripeion de un mulo en una de sus fábulas, que iba muy ufano con las que llevaba.

..... *Celsa cervice eminens,
Clarumque collo jactans tintinnabulum.*

Las campanillas del Priapo de Pórtici son de bronce con flores plateadas. Era costumbre en Roma dar señal con una campana para avisar al pueblo que habia llegado la hora de ir á los baños, como se infiere de uno de los epigramas de Marcial, en que dice:

Redde pilam; sonat es thermarum.

Cuenta Ursino que en el año 1548 se halló entre las ruinas de las termas de Diocleciano una campana de bronce, en la cual estaban escritas estas palabras: "Firmi, Balneatoris;" esto es, de Firmo, que se emplea en los baños. Tucídides nos dice que los soldados griegos que estaban de centinela de noche, usaban de campanillas para responder á la contraseña del que iba de ronda, el cuál la pedia con el sonido de otra campanilla que llevaba á este fin para conocer si el centinela dormia ó velaba, segun el sonido y golpes con que debia corresponder al sonido y golpe que daba con la suya. En Roma solian tambien tocar una campana para llamar á los esclavos en la hora de los trabajos públicos.

Esto creo que bastará para que no se dé á las campanas un origen tan moderno. Verdad es que no ocurrió á los antiguos poner enormes campanas en las torres y estarlas tocando noche y dia para satisfaccion y comodidad del vecindario.

Invencion de la pólvora.

Despues que conocemos el uso de la pólvora y las materias de que se compone, parece-

rá tal vez imposible á alguno que hayan pasado tantos siglos sin que haya ocurrido á ningun ingenio humano formar una tal composicion; y que esta, como casi todas las demás invenciones, se hayan de deber al acaso. A este atribuye la de la pólvora la general opinion, por medio de un religioso alemán llamado Svartz.

Sin embargo, algunos años antes que Svartz, en los principios del siglo XIII, publicó Rogerio Bacon un opúsculo en que trataba de la pólvora, diciendo ser una composicion conocida yá en su tiempo, y proponiéndola como materia útil y digna de emplearse en las guerras; añadiendo que sus efectos eran semejantes á los del trueno y rayo, y que ningun muro ni torre la puede resistir.

Mr. Job, en el tomo que hizo imprimir de las obras del dicho Bacon, cita un manuscrito de un cierto Marco Greco, anterior á Bacon, titulado *Liber ignium*, en que trata claramente de la pólvora y de su composicion, sin nombrar á quien la hizo. Lo que prueba que aun despues de la invencion y del conocimiento de sus efectos, estuvo algun tiempo sin uso, sin que se conociese tampoco su inventor.

No se puede dudar de que los chinos conociesen esta invencion y de ella hiciesen uso muchos siglos antes que los europeos; asegurándonos el P. Gaubil que la descubrieron y usaron 1600 años antes, á que se refiere el sitio de la ciudad de Loango puesto por los mongous, en que así los sitiadores como los sitiados se servian de ciertas máquinas llamadas *paos*, con las cuales se arrojaban mutuamente unas especies de bombas, que reventando hacian un gran estruendo y quemaban las materias inflamables que tocaban. Sin embargo, si esto no es fábula, era preciso que tales máquinas fuesen muy imperfectas ó muy torpes los chinos en su manejo, pues se cuenta que el emperador Hupilay, en el año 1271, se sirvió para el sitio de Siangyang de algunos mahometanos que sabian manejar ciertas máquinas, llamadas *Ki*, con las cuales arrojaban piedras muy grandes; y que poco despues el general Peyen, sirviéndose sin duda de aquellos mahometanos, quemó la ciudad de Chagyang con una máquina llamada *Kinchipao*.

Por esto se echa de ver que, apesar de la anterior invencion, poco ó nada habian adelantado los chinos en su uso; pues en el año 1338 de nuestra era no sabian lo que eran fusiles ni cañones, cuando ya se servian de ellos los franceses, como se vé por las cuentas de los gastos pagados á Enrique Faume-

chon por la pólvora y otras cosas necesarias para los cañones, que sirvieron para el sitio de Puiguiillaume.

Los ingleses llevaban tambien cañones en la batalla de Crecy en 1346, y en el sitio de Romoratin en 1356. Mucho antes de todo esto conocieron los mahometanos en España la pólvora; pues se sabe que en 1300 los moros sitiados por D. Alonso XI, rey de Castilla, se sirvieron de morteros de hierro, cuya explosion hacia un espantoso estruendo.

P. MONTENON.

La Resurreccion del Salvador.

Hubo un tiempo en que la impiedad y la idolatría eran señoras de la tierra, que en sus entrañas estériles solo llevaba la muerte, como el feto podrido en el seno de una mujer impura. Los pueblos lo conocian, y como si quisieran libertarse de la catástrofe que adivinaban, de ese malestar y angustia que experimentaban en todas partes, creaban cada día nuevas divinidades, multiplicando el número de los ídolos, como si al multiplicar así los delitos, pudiesen encontrar la salvacion de la comun ruina que los amenazaba. Pero estos ídolos no calmaron sus temores; la piedra, el insensible bronce eran sordos á las súplicas: el incienso humeaba en vano, y los grandiosos templos del gentilismo estaban vacios del Dios que elige principalmente para su morada almas piadosas y sencillos corazones. Inútilmente el augur busca los secretos tenebrosos de lo porvenir en las entrañas de sus víctimas: la sangre corre y el sacrificio impuro no es aceptado; mientras que durante la noche atruenan los aires pavorosos gritos exclamando: *Los dioses se van.*

Mas ¿por qué Grecia y Roma en esta solemne época de la historia, levantan altares sin nombre al Dios desconocido, *Deus ignotus*? ¿Por qué mira estos altares con religioso terror, deseando y temiendo que descienda á ocuparlos un día la misteriosa divinidad que esperan? Es que desde el Oriente, desde esa grandiosa cuna del linage humano, se alzó la voz de los profetas, y repetida de eco en eco, y llevada á Egipto por los arenales de Arabia y Persia, y al Occidente por el Mediterráneo, y viajando con las caravanas hasta el extremo Oriente, resuena yá por todo el universo, anunciando al gran Libertador; y Persia finge á *Mitra*, hijo de una virgen, naciendo en la *Noche de Luz* para combatir al mal; Egipto finge á *Horus* con el mismo carácter y para igual

destino; Grecia imagina la dilatada série de sus semi-dioses; y á pesar de la índole sensual de su génio, crea la bellísima y simbólica fábula de Júpiter é Io, el nacimiento virginal de *Epaphus*, llegando al mundo para redimir á la humanidad entera bajo la figura de Prometeo encadenado; los agrestes druidas celebran al que há de nacer de una Virgen, y el pueblo romano, representado en el poeta que cantó sus orígenes, impelido por la oscura voz de las Sibilas, y más que todo, por un secreto presentimiento, lanza estas palabras inmortales:

*Jan nova progenies celo dimittitur alto,
..... et incipient magni procedere menses.*
VIRG.

El pueblo judío era el que con mayor integridad conservaba las predicciones de los profetas y el texto venerable de la antigua Ley. Ella le pronosticaba la venida del Redentor y el espacio de las setenta semanas de Daniel; pero la imaginacion de este pueblo, subyugado al poder de Roma, interpretaba las profecías en sentido mundano, atribuyendo carácter político y poder terreno al que más tarde habia de manifestar ante sus jueces, que no era su reino de este mundo, sino el reino de la paz y de la gloria infinita. Figuraban á su Libertador cercado de pompa oriental, blandiendo la espada al frente de numeroso ejército, y sujetando las naciones al vasallage de los descendientes de Abraham.

Por eso los fariseos y escribas y los príncipes de los sacerdotes, al ver á un hombre apacible y sencillo, hijo, á su entender, de una mujer humilde y un modesto artesano, renegaron de él y le persiguieron con saña, ahogando á un mismo tiempo la voz interior de su conciencia y el testimonio resplandeciente de los prodigios; mientras el pueblo, lleno de entusiasmo y adivinando á Dios bajo la túnica del hombre, tendía sus capas por alfombra al paso de su cabalgadura, y exclamaba al escuchar su doctrina: *Bendito el seno que te ha llevado, y dichosos los pechos que te han nutrido!* Y Jesus, con la sonrisa de la bondad en los labios, decia: *Benditos son y dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan en su alma!* Entretanto, María, como dice el Evangelio, la conservaba profundamente y meditaba de continuo.

Pero la luz de la verdad ofusca y hiere los ojos: hay lenguas que llaman á Jesus impío y revolucionario; porque desde muy antiguo parece que esta acusacion ha de seguir á todo pensamiento generoso, como la

sombra al cuerpo; hay poderosos tan malvados que pongan precio á la sangre del inocente, y hay discípulo tan infame que la venda por ese precio: quieren inmolar á Jesus, como si al matar al Verdadero y Justo, pudiesen matar al mismo tiempo la verdad y la justicia. Pronto el odio levanta un cadalso que se tiñe de sangre; pero ese cadalso es el trono á donde sube el universo redimido, y esa divina sangre es el bálsamo de la vida inmortal: y la humanidad resucitada sale como un Lázaro inmenso de entre la podredumbre del sepulcro. Ya el Justo há espirado, y su último gemido y la postrera convulsion de su agonía, no bastaron á la implacable venganza de sus enemigos; habia pronosticado que resucitaría, y era preciso convencer á la muchedumbre de que el mártir era un impostor y un miserable falsario. Ponen sobre su cuerpo frio una piedra de monstruoso peso: redoblan su vigilancia y colocan legionarios armados al rededor de su tumba, como si las armas pudiesen vencer al espíritu; y la enorme piedra, la exquisita vigilancia y los mismos legionarios, son otras tantas pruebas y testimonios resplandecientes de la Resurreccion del Señor.

¡Cristo ha resucitado! El Triunfador de la muerte ha desplegado todo su brazo, y torrentes de luz penetraron en los reinos de la sombra eterna! Aquellos antros oscuros reflejan asombrados el rayo vencedor de la gloria: se estremecen los espíritus que los pueblan, y las profecías de muchos siglos reciben su cumplimiento. La antigua Ley ha terminado, y la Ley de Gracia se levanta en los horizontes de la conciencia, como risueña aurora de un eterno día. Esa es la aurora que los psalmistas cantaban, que anunciaban los profetas y aguardaban las generaciones; la aurora sin ocaso que alumbrará los pasos del mundo regenerado hácia los campos de la mística Sion, como en otro tiempo la columna de fuego encaminaba á los israelitas por las soledades del desierto.

Cuando Ana la estéril sintió con júbilo agitadas sus entrañas por las palpitations de una vida nueva, corrió presurosa al templo para dar gracias al Señor por el beneficio recibido; la tierra, estéril tambien, ha sido fecundada con la sangre de Cristo en el Calvario; qué alce, pues, un himno de júbilo á su Creador y Redentor, y desde un polo al otro polo, desde el Levante al Ocaso, al rumor de las arboledas de los bosques y de las olas de los mares, diga con éxtasis religioso: "Sea una fiesta continua la vida de los hombres (1); pues nuestro Señor vuel-

(1) San Atanasio.

"ve á vivir para no morir más; nosotros no podemos morir, sino para volver á vivir." La espada de la muerte há sido rota y Cristo há resucitado.

Angeles y Santos del Paraiso, incomparable María, Corredentora de los hombres, almas de los justos y patriarcas de la Ley antigua, jamás un júbilo tan intenso os ha llenado; jamás el tiempo en su infatigable carrera há presenciado un acontecimiento más dichoso y más grande. Que los montes salten como corderos, que los cedros de Salomon sacudan sus cabelleras entre las nubes; órnense de flores las faldas del Carmelo, y reciba la mística Esposa al Esposo que para siempre se levanta, coronado de la gloria.

El esclavo arroja lejos de sí las cadenas, y dice: ¿qué es esto? El opresor tiembla, y grita despavorido: ¿qué es esto? El alma vuela con nueva fuerza, el corazon se engrandece, las frentes abatidas se levantan, el hombre abraza al hombre, le reconoce por su hermano, y exclama con éxtasis: ¿qué nuevo espíritu me llena? ¿qué há sucedido? Y tierra y cielo responden: CRISTO HA RESUCITADO.

NARCISO CAMPILLO.

Pájaros y Flores.

I.

Pues se juntan las flores y las aves, hermanos son los pájaros y flores, gozan ambos los éuros voladores, gozan las sombras de los bosques graves: y al rumor de las fuentes más suaves se entregan á sus plácidos amores, ya entre las hojas de su tallo erguido, ya entre las plumas del caliente nido.

II.

Los colores de nácar y esmeralda con que se viste la espumante ola, los que la luz del día tornasola del verde monte en la risueña falda, ostentan ambos cual gentil guirnalda en su móvil estambre, en su corola, en su lozano y desigual follage ó en el vário matiz de su plumage.

III.

Ellos son libres; cuando el yelo frio esmalta apenas la feraz colina, cruzando el mar la ráuda golondrina huye la nube y el turbion sombrío: en las cumbres de América en estío